

Naturaleza y cultura, ¿qué nos hace ser lo que somos? por Canvas

“*Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla, / y un huerto claro donde madura el limonero; / mi juventud, veinte años en tierra de Castilla; / mi historia, algunos casos que recordar no quiero.*” Es posible que les suenen los versos aquí citados, pues así comienza el poema que abre *Campos de Castilla*, Retrato, cuyo autor es uno de los escritores más ilustres de la literatura española: Antonio Machado.

No frunzan el ceño ya, tan pronto, por la razón de que haya preferido los versos de un poeta en contraposición de las infinitas teorías de antropólogos, científicos, filósofos y nobles estudiosos que hayan incidido sobre el tema que va a girar durante estas *palabras, palabras, palabras*, que leía Hamlet. Sin justificarlo con, confieso, mi amor a la poesía y a la literatura en general, he de decir que la cita, y las que seguirán a la de Machado, tienen que ver con esa incógnita que nace, crece y muere: el ser humano. De nada valdrán en este ensayo opiniones, teorías u obras sobre las que han erigido su postura los distintos investigadores de los que hablábamos antes, ya que éstas sólo sirven para la formación de las conjeturas que van a servirse a lo largo de este texto. Por ello, es preferible incidir en el ser humano cuando grita sus secretos más íntimos, cuando deja constancia de las vicisitudes de su propia alma en esa confesión que es la poesía, donde varios de sus máximos exponentes han dejado sus historias, sus vivencias, sus vidas en carne viva.

Una vez expuesto el porqué de la preferencia poética, hemos de retornar a los versos machadianos que abrían el ensayo para conseguir dar respuesta, o, al menos, acercarnos a ella, a la pregunta: *Naturaleza y cultura, ¿qué nos hace ser lo que somos?* Podemos apreciar en la pluma de don Antonio una de las primeras pruebas del predominio de la cultura sobre la naturaleza. Veámoslo más detenidamente.

En los dos primeros versos del cuarteto citado, el poeta evoca a su infancia, su pasado más remoto, donde crece en Sevilla, mirando el huerto y los limoneros que en él se encuentran, lo que nos deja entrever que el autor es un español de pura cepa y que nos deja claro en el tercer verso, sin embargo, ¿qué hubiera ocurrido en el caso de que el poeta español hubiese partido hacia otra tierra como, verbigracia, Gran Bretaña y hubiese crecido bajo el cielo gris del norte? Una cosa es clara: no existirían esos tres primeros versos, ya que, ni Castilla compone la *union jack*, ni Sevilla está contemplada

por cielos anglosajones. Pero, ¿hubiese sido Machado, en el hipotético caso del ejemplo que propongo, la misma persona que fue entonces? La respuesta es no.

No sólo poseemos como pruebas irrefutables las evidentes diferencias entre personas de distinta nacionalidad para defender el predominio cultural en el ser humano, como la educación o las costumbres, verbigracia, la nacionalidad inglesa por su característica de excelso civismo; sino que además tenemos la oportunidad de apreciarlo en las reacciones de los seres humanos ante factores externos. Los ejemplos afloran por doquier: desde un hombre que ha sido educado en la cultura alemana nazi considerándose raza aria desde su niñez, hasta la mujer que ha de ponerse un *burka* porque su religión (y su sociedad) lo exigen. Todo lo que se antepone en nuestras vidas, *que son los ríos que van a dar en la mar que es el morir* provoca cambios en nuestra personalidad, nos volvemos más fuertes o más débiles, más confiados o más vigilantes, más simpáticos o más fríos, y llegamos a ese mar, del que hablaba Jorge Manrique, convertidos en otras personas distintas, lejanas a los que fuimos entonces, protagonizando en nuestras carnes el verso de Neruda. Este hecho no solo lo afronta la persona en su soledad, sino también sociedades enteras. Por ejemplo, y, aunque nos escueza, la España cobarde de posguerra se sometió a una dictadura de casi cuarenta años porque había visto la sangre, el dolor, la perfidia, la muerte, la guerra en su grado álgido, donde hermanos luchaban entre sí y se asesinaban, mientras que los estadounidenses se hacían fuertes, seguros de su patria y de sí mismos, puesto que la Segunda Guerra Mundial no provocó los estragos civiles que tuvo que soportar el viejo continente en ese Nuevo Mundo del que hablaremos también más adelante.

Pero no sólo somos como somos por la aceptación de nuestra cultura, sino también por su rechazo. El machacado poeta Machado, separado de Guiomar por la brecha guerracivilística, tuvo que elegir el exilio como vía de escape de una cultura que se estaba diluyendo en un régimen autoritario, al igual que muchos africanos afrontan la valla de Melilla como la puerta hacia la esperanza, la salvación y la felicidad. Todo ello lo provoca el rechazo hacia las condiciones vitales que se imponen en el ser humano, impuestas por la cultura que, azarosamente, le ha tocado vivir. Ello le causa un cambio ontológico perfectamente tangible, pues se transforma en alguien que desea abandonar su lugar de nacimiento, que cambia sus sentimientos patrióticos y que, seguramente, los manche con una oscura amargura por la imposibilidad de vivir su vida tal y como la prefiere.

Sin embargo, crucemos el río, situémonos a la otra orilla, esa en la que se encuentra aquél que ha abandonado involuntariamente su patria, sus orígenes, su cultura, y sigue su vida en otra tierra distinta, en esta otra ribera donde nacen, también, los juncos de la poesía: “*Aquellos ojos míos de mil novecientos diez / no vieron enterrar a los muertos, / ni la feria de ceniza del que llora por la madrugada, / ni el corazón que tiembla arrinconado como un caballito de mar*” *Ceniza y tiembla* suenan a cicatriz y a golpe, respectivamente. Los latigazos sobre la ciudad de Nueva York resuenan cada vez que alguien abre *Poeta en Nueva York*, obra del poeta y dramaturgo granadino Federico García Lorca. Y es que Federico creció feliz, con unos ojos *en el cuello de la jaca*, que se encontraban *en los tejados del amor, con gemidos y frescas manos, / en un jardín donde los gatos se comían a las ranas*. Pero, al llegar a Nueva York, el autor del *Romancero Gitano* se encontró con las aguas sucias del capitalismo, una sociedad racista y xenófoba, una ciudad que volvió oscura la mirada que era totalmente diferente en 1910, título del poema contenedor de los versos citados. Y no sólo la mirada, como nos dice el poeta más adelante en su obra: “*Era mi voz antigua / ignorante de los densos jugos amargos. / La adivino lamiendo mis pies / bajo los frágiles helechos mojados.*” Así apreciamos a un Lorca despojado de su cultura, de sus tradiciones, de todo aquello que ha ido construyendo arrugas en su piel todavía joven. Así se aprecia él mismo: “*Así hablaba yo*”, “*Aquellos ojos míos.*” Quizá, como él mismo reconoce, lo estaban buscando *allí donde flota mi cuerpo entre los equilibrios contrarios*. De esta manera, desde la experiencia del poeta de la Generación del 27, podemos apreciar que no sólo la cultura en la que crecemos y completamos nuestra infancia es la culpable de nuestra forma de ser, de actuar y de vivir sino también aquella en la que vivimos algún tiempo, pues nos influye a la hora de pensar, de establecer criterios, de relacionarnos y de comportarnos, ya que recibimos el influjo de sus gentes y sus lugares. Otros también vivirán esta experiencia lorquiana, como Auden cuando acude a España, que acabará escribiendo el celeberrimo poema *España, 1937*, o los miles de jóvenes que han de emigrar por el cada vez más ancho embudo de la fuga de cerebros.

¿Qué archivo, expediente o documento es más sincero que el propio ser humano? Al bucear en él a través de sus propios autorretratos, verificamos que la cultura nos forma y nos convierte, nos alimenta y nos desnuda, nos viste y nos desnuda. Nos hace elegir un estilo de ropa, unos ingredientes para las comidas, unos horarios, unas aficiones, y un largo etcétera de lo que, a fin de cuentas, puede resumirse en una palabra: vida.

Sin embargo, en la vida existe la verdad y la mentira, a diferencia de la muerte, en la que todo se tiñe del color de la verdad, por lo que, para los que aún sostienen que un gesto es prueba inevitable de que la naturaleza está integrada totalmente en la manera de ser del humano, os dejaré la verdad de la muerte al sentir su cercanía, cómo respira y a qué huele su aliento en la nuca: En el bolsillo del abrigo que guardaba al cuerpo ya sin vida de Machado se encuentra un papelillo que guarda un *último verso*: “*Estos días azules y este sol de la infancia*”, y eso, que yo sepa, no hace referencia ni a los genes de sus cromosomas, ni a la sangre de sus venas, ni a los espermatozoides del hombre que lo engendraron.